

Para que todo vuelva a estar poblado...

Fernando Ainsa

*A verdear el aire.
Que todo sea ramos
de olivos en el aire.
Blas de Otero*

Abrumados por la memoria de tantas familias nos rodean los olivares de Oliete, sobrellevan en silencio nuestra historia en su “torcido corazón terrestre”, al que cantara el poeta esperando

que del oro virginal de la accituna
surja “el milagro, el aceite”.

Muchos otros, abandonados a su creciente espesura,
enmarañados, estériles, huérfanos de poda,
sobreviven con gritos sofocados y pájaros cautivos en su ramaje,
olvidados por aquellos que acudían solícitos a la limpieza anual
con que rejuvenecían sus hojas del verde oscuro y sombrío
al gris plateado con que recibían la primavera,
anunciando la florada que riegan “las perlas del rocío” y una avara escarcha.

Triste páramo que nos rodea,
marea verde de cabezos y hondonadas,
océano de olivares
en el que surgen islas de aquellos atendidos con esmero.

acicalados, peinados por manos artesanas
conocedoras de su vida atravesando los siglos,
olivos uncidos al destino de este pueblo
donde vecinos recogen la cosecha,
cuando es generosa,
ayudados por manos venidas de lejos.

Olivos vareados con renovada alegría
(costillas asadas a su vera,
trago de vino calentando el corazón)

Esperanza condimentada por el sol
de ríos verdes destilados,
cesta de aceitunas negras
a macerar con laurel, sal y limón.

Del olivar del secano de mi abuela,
abandonado pedregal del altozano,
José,

tenaz
laborioso

ha hecho un jardín donde crecen jóvenes empeltres
plantados no hace mucho

junto a vetustos centenarios,
resurgiendo a golpe de azada y tijera
de labranza y de sacar,

una a una,
las piedras amontonadas a sus pies.

A su lado crecen ahora los siete trasplantados
del huerto del abuelo Miguel,
feraz reencuentro donde vuelven a arraigarse
los que fueran suyos durante tantos años.

Esta tierra se resiste a la sevillana,
¡ingrato clima el de Teruel!
mas abunda la royal y la alberquina,
manzanota, fina y negrilla,
olivas que,
estrujadas,
rezuman en la almazara,
jugoso fruto de aceite puro y cristalino.

Lejos de Machado, Alberti, García Lorca, Miguel Hernández,
que cantaran olivares andaluces,
o el trasandino Neruda en su “Oda al aceite”,
los olivos de Oliete buscan a su poeta
entre montes abandonados,
heredades de emigrados,
cansados labriegos
o de aquellos reposando en el camposanto.

Olivos centenarios, sedientos en los campos yermos
buscan también a un padrino que les dé nombre y apellido,
una foto,
un destino para ser recordados
y poder repetirse:
“Apadrinar es resucitar”
para que todo
-como antaño-
vuelva a estar poblado.